no sobreviviese al cuerpo.—Si es cierto en efecto que cada uno de los séres participa de la naturaleza de aquel de quien recibe su alimento, el alma es inmortal, porque lo es la verdad.—Si la perfeccion de los séres es en razon de los principios que los constituyen, el alma lleva en su seno un principio de inmortalidad; porque su mejora y su degradacion son en razon del culto ó del abandono de este principio. Si es verdad que la organizacion de los séres está en relacion con su destino, el alma no ha sido formada únicamente para esta vida; porque las cosas de esta vida no pueden satisfacerla, y todos sus instintos la conducen mas allá.—Si es cierto, por fin, que hay una justicia, y que la conciencia nos la revela como una verdad, y no como una fábula, el alma ha de ser inmortal; porque esta justicia no está en la tierra, y el bueno y el malo dejan de vivir antes de haberla encontrado.

Es preciso, pues, que nos penetremos de nuestra inmortalidad si no queremos chocar ciegamente con la razon y la naturaleza. Es preciso creer que tantos y tan poderosos argumentos no pueden seducirnos, porque están sacados del fondo de las cosas, y el órden admirable que reina en este grande universo, á cuya cabeza nos hallamos colocados por razon de nuestra inteligencia, descubre una sabiduría infinita que no puede haber querido engañarnos, induciéndonos á un error que seria entonces solo suyo, desmintiéndose á sí misma en su obra maestra por un cáos de contradicciones.

"Es necesario, como dice Platon, creer á los le-"gisladores y á las tradiciones antiguas, y particu-"larmente por lo que respecta al ALMA, cuando "nos dicen que es cosa enteramente distinta del "cuerpo, y que es lo que cada uno llama YO: que "el cuerpo no es mas que su sombra que la sigue: "que este YO del hombre es positivamente inmor-"tal: que es lo mismo que llamamos alma; y que "ha de dar cuenta de sus acciones á los DIOSES, se-"gun lo enseñan las leyes patrias, creencia tan con-"soladora para el justo como terrible para el per-"verso. No creais que esta masa de carne que "enterramos por acá sea el HOMBRE, y sabed que "este hijo, este hermano, á quien creemos dar se-"pultura, ha *pasado* á otra region despues de haber "cumplido en ésta lo que aquí tenia que hacer.—"Esto es lo cierto, aunque la prueba de ello exiji-"ria largos discursos, y es menester creerlo bajo la "palabra de los legisladores y de las tradiciones an-"tiguas, *como no háyamos perdido enteramente el "juicio* (1)."

CAPÍTULO IV.

UNA RELIGION NATURAL.

Tenemos una alma, hay un Dios, nuestra alma es inmortal. Hemos probado ya estas verdades, y de la union de las tres vamos ahora á deducir la ecsistencia de otra cuarta verdad, la ecsistencia de una religion natural, es decir, la ecsistencia de las relaciones naturales y obligatorias entre el hombre y Dios.

(1) Platon. De las leyes 12, app., t. 11, edicion bip., pp 212, 213.

§ I.

I. La primera sensacion de nuestro sér es el placer de gozarse á sí mismo, ver y contemplar este hermoso universo, la imponente armonía de su conjunto y la inagotable profundidad de perfeccion que reina en sus mas pequeñas partes. Sentimos que nuestra alma ha sido creada para este placer, para este sentimiento de órden, y que cuanto mas se entrega á él, mas se siente á sí misma, se dilata mas, vive mas.

Es de la esencia de nuestra naturaleza el darnos á nosotros mismos razon de todas las cosas, y señalar un objeto y un fin á nuestras ideas y sentimientos. Ese éstasis vago y flotante, que esperimentamos al aspecto del universo, se fija y determina luego que damos lugar á la simple reflecsion de que un órden tan grande supone de necesidad un primer sér esencialmente dominador é independiente, de quien todo procede y por quien todo vive.

Desde entonces, siento ya que no soy estraño á ese gran Señor de todas las cosas; porque yo tambien estoy comprendido en sus obras y le pertenezco como todo lo demás. Para ver su criatura, no tengo necesidad mas que de mirarme á mí mismo. *Él es el que ha ordenado todas las partes de mi cuerpo; el que primero me ha preparado como una leche que se cuaja y condensa, despues me ha revestido de carne y piel, me ha asegurado con huesos y nervios, me ha dado en fin el espíritu y la vida, y continuando en socorrerme me conserva el alma y el cuerpo* (1).

Por esta sencilla reflecsion descubro yo una primera relacion de *dependencia*, que me complazco en reconocer y conservar como el fundamento de mi sér, y el que me adhiere á ese autor de mi ecsistencia como á mi principio y mi apoyo.

II. En seguida observo que no solo han presidido á la formacion del universo el poder y la sabiduría, sino que además una bondad inagotable se ha complacido en proveer á cada cosa de los medios de ecsistencia; que entre todos los objetos de esta providencia yo soy la criatura de predileccion, colocada sobre todas las demás por la faculad que me ha dado de sujetarlas y de constituirme su rey, por el dón de la inteligencia que me hace señor de la naturaleza, por el dón del libre albedrío que me permite gobernarme á mí mismo y escojerme un señor, que no puede ser otro que aquel de quien he recibido tantos beneficios y hácia el cual me siento siempre atraido por una dulce reaccion del dón hácia el donador.—Hé aquí una segunda relacion de *reconocimiento* hácia Dios, que domina mis sentimientos, porque se los debo todos, porque el corazon que los esperimenta y los objetos que los escitan proceden igualmente de él.

III. Pero mi pensamiento se fija mucho mejor en Dios, y me siento mas atraido hácia él cuando

(1) Job

considero todo lo que me rodea. Los objetos que escitan mis sentimientos no tienen atractivo sino en cuanto los veo bellos, buenos, armonizados, nobles, sabios, graciosos y sublimes; pero estas perfecciones, que no son mas que accidentales y pasajeras en las criaturas, han sido derramadas sobre ellas por el que las ha criado, y que debe ser, por consiguiente, como el *sustantivo* de todas estas perfecciones, es decir, la belleza, la bondad, el órden, la sabiduría, el poder infinito.—"Las perfecciones de "Dios son las de nuestras almas y las de toda la na-"turaleza, dice Leibnitz; pero él las posee sin límí-"tes: es un océano del cual no hemos recibido sino "algunas gotas. Hay en nosotros algun poder, al-"guna inteligencia, alguna bondad; pero todas ente-"ras están en Dios. El órden, las proporciones y "la armonía, que nos encantan, la pintura y la mú-"sica, son pequeñas muestras de aquel gran todo, "Dios, que es el órden por escelencia, que guarda "toda la ecsactitud de las proporciones y constituye "la armonía universal, y que por la dilatacion de "sus rayos forma la belleza de todo (1)."—Guiado por esta reflecsion descubro á Dios en todas las cosas bellas y amables, se las subordino, se las dirijo, y formo con ellas un hermoso conjunto al cual dedico todo el amor de que soy capaz; y al conocer y sentir que mis facultades me han sido dadas para gozar de esas perfecciones y encontrar mi dicha en ellas, infiero que debo dirijirlas todas á Dios como á la plenitud de su satisfaccion. A él refiero la admiracion y el amor que en mí despierta el aspecto de tantas maravillas, y me considero feliz por saber á quién pagar el tributo de mi inteligencia y de mi corazon; mucho mas cuando reconozco que pago este tributo al mismo que me ha dado este corazon y esta inteligencia, que los atrae á sí por medio de sus demás obras, haciéndose de esta manera el principio y el fin de mi destino, el alimento infinito de mi felicidad.—Tenemos pues una tercera relacion de *amor*, que se compone de todos los amores, como Dios se compone de todas las perfecciones, y que me obliga á amar en él á la suprema belleza, la soberana bondad, el órden, la sabiduría y el poder mas admirables, el tipo absoluto del bien.

IV. Esta consideracion toma un carácter mas sublime y persuasivo cuando observo que por mi calidad de hombre soy el único sér en la naturaleza capaz de rendir semejante homenaje. Desde entonces me siento mas en la necesidad de satisfacer á Dios la deuda del reconocimiento y del amor, no solamente por lo que á mí atañe, sino por todas las criaturas que han sido colocadas bajo mi dependencia, por todo este gran mundo que se reasume en mi pensamiento como en un santuario, y que me recuerda la gloria de su Criador para que yo le tribute su reconocimiento con el mio. Entonces conozco, que si he sido constituido rey del universo, ha sido tambien para que fuese su pontífice, y que soy en la tierra como el vicario de Dios. Esta facultad religiosa que me distingue entre todas las criaturas hace de mí el lazo que une al mundo con su autor, y dejarla ociosa seria sin duda faltar á mi carácter mas esencial. De este modo mis primeras relaciones de dependencia, de reconocimiento y de amor por Dios, tienen su complemento en otra relacion mas solemne de *adoracion*.

(1) *Teodicea*, prólogo

V. Del estudio interior de nuestro sér se deducen relaciones mas íntimas todavía. Como hemos visto ya, nosotros pertenecemos por el pensamiento á otro mundo que no vemos, á un mundo intelectual y moral. En él se halla el asiento principal de nuestro sér; en él no se nos comunica ya Dios por la interposicion de las criaturas, sino directamente y por los rayos que emanan inmediatamente de su sustancia; es decir, que se comunica á nuestra inteligencia por la verdad, á nuestra conciencia por la justicia, y á nuestro corazon por el sentimiento del órden y por la belleza moral. Esta verdad, esta justicia, esta belleza moral, que no son otra cosa que las diferentes aplicaciones de la RAZON suprema, reclaman un culto perpétuo en nuestro interior, y no la desconocemos sin confundirnos, desordenarnos y hacernos desgraciados. Esta RAZON suprema es como el aire y la luz del alma, que tiende sin cesar á asimilársele. Es el foco de donde el alma emana y al rededor del cual gravita hasta que pueda entrar otra vez en él y dilatarse en la absoluta posesion de su principio; es la matriz de todas las inteligencias; es Dios.—Es una ilusion grosera el hacernos de la RAZON un ente abstracto en sí, que no se apoya en nada, y que es como un fantasma forjado por nuestra imaginacion; muy al contrario, nuestra imaginacion es obra suya, nuestra razon es hija de esa RAZON, ó mas bien, no es mas que la aspiracion instintiva de nuestro espíritu hácia Dios, que segun la bella espresion de Mallebranche es *el lugar de los espíritus, como el espacio es el lugar de los cuerpos*.

Se ha dicho que la nobleza es un prolegómeno de la soberanía; podria decirse que el alma es un prolegómeno de la Divinidad. Tenemos, en efecto, algo de Dios, y remontándonos hasta él no hacemos mas que volver á entrar en nosotros mismos y reconstruirnos. Es verdad que está lo infinito entre Dios y nosotros; pero es un infinito en *perfeccion* que tendemos eternamente á igualar, y no un infinito en *naturaleza;* mientras que hay el infinito en *naturaleza* entre el alma y el cuerpo donde ésta se halla encerrada, y todo el universo material donde nos hallamos metidos. De suerte que por medio del alma estamos mas cerca de Dios que de nuestro propio cuerpo (1), y somos mas parecidos á él que á todas las criaturas; y siendo la procsimidad y la semejanza de los séres la base de su sociedad, nuestra sociedad con Dios, la religion, es mas conforme á nuestra naturaleza que todas las relaciones que tenemos con el mundo esterior y sensible.

De ahí aquellas bellas palabras del Génesis: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza;* es decir, inteligente como *nosotros*, amante de la verdad y apto para poseerla, como *nosotros*. Ecsiste en efecto entre Dios y el hombre la semejanza de

(1) *Regnum Dei intra vos est*

que ambos aman la verdad y son aptos para poseerla, con la sola diferencia que Dios la posee en sí mismo, y que nuestra alma tiende á poseerla en Dios y beberla en él como en su fuente. Ciceron en la esquisita sencillez de su razon filosófica participa admirablemente de este pensamiento, cuando escribe estas notables palabras: "La ley moral es el es-"pfritu de Dios, cuya soberana razon obliga ó pro-"hibe.... la ley verdadera y primitiva es la justa "razon de Dios.... cuando esta razon *ha entrado y* "*se ha desarrollado* en el espfritu del hombre, es la "ley.... Y supesto que la razon *está en Dios y en* "*el hombre*, debe ecsistir una sociedad de razon entre "el hombre y Dios, una semejanza del hombre con "Dios, de modo que podriamos llamarnos *la fami-*"*lia, la estirpe ó el linaje* de los séres celestiales. "De aquí se sigue que para el hombre, *reconocer á* "*Dios, es reconocer y recordar el orígen de donde ha* "*salido* (1)."

El culto de esta RAZON, que es el objeto único de nuestra alma, es pues el culto de Dios en *espíritu y en verdad;* culto que deja de ser verdadero y que se convierte en una ciega y estéril idolatría, si en lugar de Dios, que es la RAZON ÚNICA, colocamos y divinizamos nuestra propia razon, que no es de aquella mas que un destello; y si absorbemos y limitamos en nosotros mismos la actividad moral que nos ha sido dada para que podamos andar en Dios: *ambulare in Domino.*

VI. Este argumento toma aun nueva fuerza y dá lugar á una relacion mas esplícita entre el hombre y Dios, si sondeándome á mí mismo mas profundamente llego á descubrir que hay en mí una insaciabilidad de espíritu y de corazon, una sed ardiente de conocer y de amar, un disgusto profundo de todo lo que pasa, una tendencia invencible hácia lo infinito, que enérgicamente atestiguan que, á diferencia de todas las demás criaturas, yo no he recibido todavía el complemento de mi sér, sino solamente las facultades para conquistarle; que en la tierra no hago mas que preludiar mis futuros destinos; que la perfeccion y el mas indefinido progreso son la ley impulsiva de mi naturaleza; que para mí no hay en esta vida mas que principios y bosquejos de conocimiento y de felicidad; que mas allá de ella me espera algo infinito y eterno; y que ese algo, que ha de llenar esta capacidad ilimitada de conocer y de amar que me atormenta, debe por consiguiente ser tambien infinito en verdad y en amor, y como tal el conjunto de todas las perfecciones:—Dios

Hay una evidente desemejanza entre el hombre y todas las demás criaturas, que nos conduce insensiblemente á la inmortalidad de sus destinos y de su último fin en Dios: es decir, que todas las criaturas, comprendido el hombre, pero solamente en su cuerpo, llegan con rapidez al último grado de desarrollo y perfeccion de que son capaces, y en seguida se paran y dan vueltas, por decirlo así, en el círculo de su organizacion ó de su instinto hasta que los vuelven á conducir á su orígen la estension y la decadencia: al revés sucede en el hombre: quiero decir, en el hombre inteligente, que se dilata, y desenvuelve sin cesar todas sus facultades; que sigue una carrera indefinida, una línea perpetuamente ascendente de ilustracion y de virtud; que es siempre ignorante é imperfecto, porque está siempre llamado á conocer y á merecer mas. Es un edificio cuyo techo no se cubre nunca. Una sola inteligencia devora en poco tiempo todos los tesoros de ciencia adquiridos en todos los siglos por la humanidad entera; y como si este inmenso botin la hubiese hecho mas codiciosa y ágil, se precipita con mas ardor que nunca hácia el campo de los descubrimientos, ensancha el límite de los conocimientos humanos, y cuando llega la muerte y le sorprende dentro del cuerpo en que reside, apenas ha formulado él su proyecto, ni ha concluido su primer ensayo; y cuanto ha recojido, cuanto ha trabajado no es comparable, como dice Newton, sino al juego de un niño sobre la playa con respecto al océano de la verdad que le queda todavía por recorrer. Lo que decimos de la verdad en las ciencias, podemos asimismo decirlo de la virtud en las acciones, de la belleza y perfeccion en las artes, y de la felicidad en las afecciones: por todas partes nuestra alma concibe, aspira, codicia un océano ilimitado de perfecciones. No se considera infeliz sino porque se siente siempre llamada á cosas mas grandes, y el eterno plañido de su inteligencia no es mas que el grito orgulloso de su destino.

De ahí se sigue que la religion, en el mero hecho de establecer nuestra comunicacion con la infinita perfeccion de Dios, está esencialmente concorde con la primera ley de nuestra naturaleza, que es capaz de una perfeccion indefinida é inmortal. Nuestra alma se halla en el estado de creacion empezada; todavía está sobre ella la mano del Criador; todavía no ha terminado la obra de su perfeccion, y es seguro que no terminará jamás, puesto que su destino es ser semejante al mismo Dios. Sustraernos á esta accion *perfeccionante* de Dios para ponernos límites á nosotros mismos y á las criaturas, es abrogarnos indignamente los oficios de la Divinidad, hacer traicion á sus designios, y suicidarnos moralmente: buscar á Dios en todo, dirijir y mantener incesantemente nuestra alma bajo su mano creadora y paternal, y adherirse á él con todas las fuerzas de nuestro espíritu y de nuestro corazon, es poseernos á nosotros mismos, es caminar á nuestro fin, es dirijirnos á nuestra verdadera felicidad.

VII. Finalmente, hay una última relacion entre el hombre y Dios, que pone el sello á todas las demás, y que es como el complemento de todo lo que llevamos dicho.—Es el vínculo que nos sujeta á su justicia y nos hace responsables á él de nuestra vida; vínculo inevitable que nos tiene siempre debajo de su dependencia y que no se afloja aun cuando se hayan ya relajado todos los demás lazos y todos los vínculos voluntarios.—En vano procurariamos desconocer esta relacion y este vínculo: si somos libres es con la condicion de que seamos responsables; y si por la libertad de que gozamos nuestros pensamientos y acciones pueden burlarse

(1) *De legibus*, lib 1

de Dios en esta vida, por la responsabilidad que nos es inherente contraemos con él compromisos eternos para la vida venidera. Cuanto mas libres somos de negarnos á reconocerle y honrarle acá en la tierra, menos debemos hacerlo, porque la libertad es la justa medida de la responsabilidad, con la sola diferencia, que la libertad del hombre es temporal y su responsabilidad es eterna. Creemos haberlo demostrado ya: la justicia absoluta no se ejerce aun en esta vida; deja flotar, por decirlo así, las riendas del mundo moral á merced de nuestras voluntades, y hasta tolera que empleemos contra ella las fuerzas que hemos recibido de su poder. Si no sucediese así, no seriamos libres ni podriamos aspirar á ser semejantes á Dios. Pero llega un momento en que su brazo se enconje de repente, y entonces nos obliga por la espiacion y el terror á tributarle el homenaje que le habiamos rehusado por voluntad y por amor. Tambien es menester que esto suceda así; de otra manera Dios no seria Dios: seria menos que nosotros. De esto se sigue forzosamente, que siendo la primera ley de nuestro sér un tributo de homenaje á su autor, la primera cuenta que se nos ecsijirá despues será la de nuestra conducta con respecto á esa primera ley: los intereses mas vitales, mas infinitos están ligados con nuestra fidelidad ó nuestra rebeldía, con nuestra negligencia ó nuestra sincera y fervorosa adhesion.—"¡Ah, Teodoro, Teótimo! Dios tan "solo es el vínculo de nuestra sociedad. Procure-"mos que ya que es su principio sea tambien su "fin. No abusemos de su poder, y ¡ay de aque-"llos que le hagan servir para satisfacer á sus cri-"minales pasiones! porque nada es mas sagrado ni "divino que ese poder. Servirse de él para usos "profanos es un sacrilegio, es servirse del justo ven-"gador del crímen para consumar la iniquidad (1)."

Véase pues cómo todo en mí y en derredor de mí proclama la verdad de una religion natural, de un culto necesario de todo mi sér á solo Dios: relacion de ecsistencia y de dependencia,—de reconocimiento,—de amor,—de sacerdocio natural y de adoracion,—de semejanza y de filiacion original, —de sociedad de razon y de destino,—de responsabidad y de interés eterno.

De todo esto resulta, que para el hombre, reconocer y adorar á Dios, es, como dice Ciceron, recordar y reconocer el orígen de donde ha salido, la fuente de donde todo le proviene, el sér á quien todo se le debe, el objeto de su permanencia en el universo, y el término á que ha de dirijirse: es adherirse á su principio, á su centro, á su fin; es, en una palabra, el hombre completo.

Nadie vacilaria en reconocer esta gran verdad, si Dios se nos manifestara en toda la brillantez de sus perfecciones. Entonces nos precipitariamos en su seno como en el océano de la belleza y de la vida; pero hallándose ahora oculto detrás de sus obras y no brillando sino por los rasgos de hermosura que sobre ellas ha esparcido, nos hacemos ilusion, limitamos en las criaturas el cococimiento de amor que Dios nos ha impreso para encaminarnos á él, y derramamos sobre ellas los inmensos tesoros de nuestra inteligencia y de nuestro corazon. Y como entre todas las criaturas somos nosotros, por nuestras facultades, las mas ricas y las mas semejantes á Dios, convertimos nuestros obsequios é idolatrías hácia nosotros mismos, y las prodigamos en seguida y sin reserva á todo cuanto puede embelesarnos. El sentimiento de adoracion y de amor que el Señor nos ha infundido para que podamos remontarnos á él no se estingue jamás; se estravía, sí, algunas veces dejándose llevar esclusivamente por el atractivo que Dios ha esparcido en sus obras, y que es como un rayo de su belleza que las ilumina y está jugueteando en la superficie de los séres. En vez de servirnos de este atractivo para remontarnos á su verdadero principio, para pasar de la obra al artífice, del rayo de luz á su foco y de las criaturas al Criador, se las sustituimos y las convertimos en instrumentos de nuestra infidelidad, para que sean tambien dentro de poco los instrumentos de nuestro infortunio, de nuestra indigencia y de nuestra nada (1).

Repugna al orgullo de nuestro espíritu y á la impaciencia de nuestro corazon esperar aquella verdadera felicidad, cuya fruicion, aunque imperfecta, vale infinitamente mas que el gusto actual de todos los bienes transitorios; nos negamos á las pruebas de la fé y de la virtud para obtenerla; queremos poseerla desde luego, y forjárnosla nosotros mismos: pretendemos ceñir la corona antes de empezar el combate, y tener el cielo en la tierra; invertimos el órden y el uso de nuestras facultades, las pervertimos, y empleamos todos nuestros esfuerzos en falsificar nuestro destino y en precipitarnos lejos de nuestra órbita.

Una mujer, que esperimentó muy fuertemente este estravío de nuestra naturaleza, ha trazado una página divina en una obra infernal, página que resume muy elocuentemente mi pensamiento.—Héla aquí.

"El amor, Stenio, no es lo que vos creeis: no es "esa violenta aspiracion de todas las facultades hácia "un ser creado; es la santa aspiracion de la parte "mas pura de nuestra alma hácia lo desconocido. "Séres limitados, procuramos satisfacer esos agudos "é insaciables deseos que nos consumen, les busca-"mos objeto cerca de nosotros, y á pesar de ser tan "pobres, nos hacemos pródigos y adornamos nues-"tros ídolos perecederos con todas las bellezas in-"materiales que hemos visto en nuestros ensueños. "Las emociones de los sentidos no nos bastan: la "naturaleza nada tiene en el tesoro de sus senci-

(1) Mallebranche, 7.ª *Conversacion sobre la metafísica*, núm. 14.

(1) "Todos los hombres que no conocen á Dios no son mas "que vanidad: por medio de los bienes sensibles no han podido "comprender al soberano sér, y en el estudio que han hecho de "sus obras, todo lo han admirado menos la mano del artífice."

"Si la hermosura que les ha seducido es tan estraordinaria, "que han tomado las criaturas por dioses, figurense cuánto mas "hermoso será aquel que es el dominador de todas, supuesto "que es el autor mismo de la hermosura el que la ha comunica-"do á todas estas cosas."—*Quorum si, specie delectati, Deos putaverunt, sciant quanto his dominator eorum speciosior est, speciei enim generator haec omnia constituit.* Sapientiæ, 13, 3.

"llos goces capaz de apagar la sed de felicidad que "sentimos; seria preciso el cielo, y el cielo no le "tenemos.—Por esto buscamos el cielo en una cria-"tura semejante á nosotros, y gastamos en ella es-"ta sublime energía que se nos dió para mas noble "uso. Rehusamos á Dios el sentimiento de adora-"cion que se nos infundió para que le dirijiésemos "á solo Dios, y le colocamos en un sér débil é in-"completo que al fin llega á ser el Dios de nuestra "idolatría.—En nuestros dias, para las almas poé-"ticas, el sentimiento de adoracion entra hasta en el "amor físico.—¡Grosero error de una generacion "codiciosa é impotente! Así es que cuando se des-"corre el velo divino y aparece la criatura mezqui-"na é imperfecta detrás de esas nubes de incien-"so, detrás de esa aureola de amor, nos avergonza-"mos de nuestra ilusion, aterramos el ídolo y lo pi-"soteamos con rabia. ¡Mas, poco despues busca-"mos otro! Nos es preciso amar, y nos engañamos "todavía, hasta que al fin, desengañados, alumbra-"dos y purificados, abandonamos las esperanzas de "una afeccion permanente sobre la tierra, y eleva-"mos á Dios el homenaje entusiasta y puro que "nunca hubiéramos debido dirijir mas que á él "solo (1)!"

Este homenaje está en nuestra naturaleza, todas nuestras relaciones con Dios terminan en él, todos nuestros intereses lo reclaman, y es el primer artículo de la ley natural:—AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS CON TODA TU ALMA, CON TODO TU ESPÍRITU Y CON TODO TU CORAZON.

VIII. El medio de ejercer este homenaje, y al cual debe referirse toda la religion, es la oracion.

A este efecto es menester crearse un retiro y una especie de santuario en el fondo de la conciencia, donde podamos sin cesar tener encerrados todos nuestros pensamientos en presencia de la Divinidad, hasta llegar á hacer por medio del hábito esta presencia tan sensible, que jamás la perdamos enteramente de vista en medio de los cuidados y de la confusion esterior de la vida, y que la encontremos fácilmente en los momentos de recojimiento interior que debemos dedicar periódicamente al ecsámen y reforma de nuestra alma.—En este retiro, en este santuario debemos dirijir todas nuestras acciones al cielo, inmolar nuestros malos deseos, ofrecer en espiacion nuestras contrariedades y sufrimientos, y armarnos de fuerza y de prudencia para observar siempre mas perfectamente las leyes de la justicia y de la verdad. Siendo inconcebible la idea de semejante culto sin la palabra interior, nos acostumbrarémos á conversar con Dios por medio de la oracion, que es la espansion del alma con todas sus debilidades, sus miserias y necesidades en presencia de la absoluta perfeccion de su autor, no para que Dios conozca estas miserias y necesidades, sino á fin de que las sintamos y conozcamos mejor al recordarlas, y nos penetremos de las divinas perfecciones al contemplarlas. Acostumbrándonos á hacer uso de tales medios, se llegará á establecer una relacion íntima y permanente entre el cielo y nosotros, se formará un místico himeneo entre nuestra alma y Dios, y la esperiencia nos enseñará luego que semejante himeneo no es vano y estéril, porque Dios lo enriquecerá con la abundancia de sus inefables dones (1).

IX. Para afirmar y robustecer nuestras relaciones con Dios hay otro medio, que forma el segundo artículo de la ley natural, y es el amor del prójimo.

Por lo mismo que somos todos el objeto del amor de nuestro Dios, criados á su imágen y destinados á poseerle, debemos ver en cada uno de nuestros semejantes el objeto de este mismo amor, un hijo de Dios, un hermano.—El mejor medio pues de agradar á Dios, á quien no podemos directamente favorecer porque es el manantial del bien, es favorecer á aquellos por quien él se interesa, y ser los unos para los otros instrumentos y limosneros de su Providencia; es decir, servirnos de una celestial subrogacion para pagar en los hijos las deudas que teniamos contraidas con el padre, y ser para ellos lo que queremos que sean ellos para nosotros, haciéndoles todo el bien que deseamos se nos haga. Esta beneficencia universal que ha de tener el amor de Dios por principio, el amor propio por medida y el amor de nuestros semejantes por objeto, forma el complemento de la religion natural:—AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TÍ MISMO.

Así es como de la soberana y única paternidad de Dios deriva la fraternidad humana: estrechar los vínculos de la primera es apretar los lazos de la segunda, hasta poder decir con toda propiedad PADRE NUESTRO, en cuyas dos palabras está contenida toda la religion.

X. Pero seria engañarse muy lastimosamente y caer en un escollo, que voy á indicar, juzgar de la facilidad de la práctica de esta religion natural por la sencillez de su teoría.

Amar á Dios y al prójimo está dicho muy pronto, pero no se cumple con tanta presteza. No diriamos demasiado afirmando que para llegar á ello no bastan todas las fuerzas humanas; y se comprenderá fácilmente si se observa que este *amor de Dios*, que constituye toda la sustancia de la religion, debe absorber en sí todos nuestros sentimientos, y envuelve por consiguiente el *desamor* de cuanto nos rodea, y en particular de nosotros mismos, que nos amamos tan esclusivamente.

De este modo llega á ser esta una cuestion de vida ó muerte para el amor propio y las pasiones, es decir, para el alma que toda ella es pasion y amor propio;—cuestion que el alma no puede resolver porque le faltan la luz y fuerza que para ello son absolutamente indispensables.

---

(1) Jorge Sand, *Lelia*.

(1) "Es necesario hacer oracion todos los dias, fijar nuestro "pensamiento en esa lumbre que purifica, en ese fuego que con-"sume nuestra corrupcion, en ese modelo que nos regula, en esa "paz que calma nuestras agitaciones, en ese principio del sér "que reanima nuestra virtud." *Pensées de Joubert*, t. I, p. 120.

"Solamente están despiertos, Dios mio, los que piensan en vos "y os aman, todos los demás duermen y se hallan entregados á "sueños y fantasmas. No hay mas realidad que vos: ¡dichosos "los que emplean su corazon y su espiritu en ocuparse de vos, "en hacerlo todo por vos y en dirijiros todas sus acciones." *Idem*, t. I, p. 107.

¿De dónde proviene esta estraña oposicion entre el alma y su bien supremo? ¿Por qué concurriendo todo en el órden de la razon y de la verdad, á conducirnos á Dios, todo conspira, en el órden de nuestras inclinaciones y voluntades naturales, á separarnos de él? Hay aquí un abismo donde se halla sumerjido el secreto de nuestra organizacion moral, y no nos es dado todavía el sondearlo. El constante resultado de todo es que la oposicion entre nuestros gustos y nuestros deberes en el órden de la religion es muy cierta, pero se mantiene insuperable á la sola naturaleza abandonada á sí misma.

Véase pues cómo llegamos sin violencia á la conclusion que yo buscaba, como un correctivo á todo cuanto precede; es decir, que esta calificacion *notural* que damos á la religion, cuando la consideramos especulativamente, deja ya de convenirle en el momento en que descendemos á la práctica. —Entonces para hablar con propiedad es preciso llamarla *sobrenatural*, y por esto mismo es impracticable, si no se cuenta para ello con la ayuda de aucsilios sobrenaturales.

Esta gran verdad de esperiencia es el escollo del DEISMO y la piedra angular del CRISTIANISMO.

Escluyendo toda religion revelada, el deismo escluye á la vez toda religion natural; pues ésta no puede sostenerse por sí misma sobre un fondo de tinieblas y miserias como el de nuestra alma, *á menos*, como decian Sócrates y Platon, *que Dios se digne enviarnos algun mensajero suyo que en su nombre nos instruya* (1).

Negándose el deista á sujetarse al reconocimiento de semejante verdad, y quedándose por este solo hecho sin ninguna religion, ¿cómo puede tener la menor idea de Dios y no ser ateo (2)?

¿Se puede concebir acaso que Dios ecsiste y que nos haya dejado abandonados, sin medios para encaminarnos á él? ¿que haya intervenido para introducirnos en el camino del cielo, y que ya no intervenga para sostenernos y guiarnos en él? ¿que nos haya infundido la idea de sí mismo hasta el punto de que no podamos dejar de pensar en él, y que no se haya revelado lo suficiente para impedir que caigamos en una multitud de conjeturas estravagantes y de prácticas supersticiosas que han ocasionado con frecuencia la ruina de la moral y de la razon? Dios, que no engaña el instinto de la hormiga; que la dirije y la inspira sosteniendo este instinto hasta el fin, ¿podria engañar el instinto religioso de la especie humana....? Esto seria suponer que el hombre no hace parte de la creacion, que ha sido desheredado ó que su miseria no tiene parte en el patrimonio de la gran familia.—Almas de Vicente de Paul y de Fenelon, contestad á tan monstruosas suposiciones manifestándonos, en el grado de perfeccion á que llegásteis, que la mano del buen padre se halla siempre estendida sobre sus hijos.

Sin embargo, la religion natural, tal como acabamos de trazarla, permanece siempre especulativamente como el tipo de la religion primitiva y como la señal que mas adelante nos ha de hacer reconocer la verdad de la religion cristiana, que no es otra cosa que su restauracion práctica. Una religion revelada ha podido muy bien desenvolver y facilitar la religion natural; pero no hubiera podido de ningun modo contradecirla. Si habló Dios una vez para atraer los hombres á sí, ha debido hacerlo mas esplícitamente la segunda vez, pero no en un sentido distinto. En la ecsacta conformidad entre los dos lenguajes se reconoce la identidad de Dios.

Dejamos ya probada la verdad de una religion natural, y vamos á poner fin á la esposicion precedente añadiéndole el sello del consentimiento universal.

§. II.

Al través de todas las alteraciones que el estravío del espíritu humano ha ocasionado en el homenaje rendido á la Divinidad, éste ha constituido siempre y en todas partes el fondo de nuestra naturaleza. La primera piedra de toda sociedad ha sido un altar, y cuando esta piedra ha desaparecido, la sociedad ha desaparecido tambien con ella. Jamás se le ha permitido al hombre poderse conservar sin este elemento indeleble y primordial de su especie. No solamente el hombre civilizado, sino tambien el hombre perdido en los últimos confines de la naturaleza social, el hombre salvaje, el hombre en fin, por el mero hecho de ser hombre, ha llevado constantemente en su seno este fuego del cielo. Muchas veces no ha tenido mas que esto de la humana naturaleza, pero nunca ha dejado de tenerlo, porque es el instinto mas profundo, mas radical, mas universal de cuantos hay en él.

"Ningun animal, escepto el hombre, dice Cice-"ron, tiene conocimiento de Dios,—y entre los "hombres no hay ninguna nacion tan feroz y salvaje "que si ignora cuál es el Dios que debe haber, no "sepa al menos que es preciso que haya uno (3)."

"Podréis encontrar, dice Plutarco, ciudades sin "murallas, sin casas, sin gimnasios, sin leyes, sin "moneda y sin letras; pero un pueblo *sin Dios, sin* "*oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos y sin* "*sacrificios*,—nadie le vió jamás (4)."

En los tiempos modernos los descubrimientos de la navegacion han abierto un vasto campo á la esperiencia de este hecho, que no se ha encontrado desmentido en ningun punto del globo.—En todo el continente americano se ha notado que la ecsistencia de Dios y la inmortalidad del alma eran como las primeras bases de la religion de los salvajes (1). —Todos los viajeros atestiguan igualmente que estas creencias son universales en toda el África (2); los negros creen firmemente la ecsistencia de Dios, en cuya bondad confían, cuyo poder adoran, y á

---

(1) Platon en la apologia de Sócrates.

(2) "Hay dos clases de ateismo, dice Joubert, el que quie-"re prescindir de la idea de Dios, y el que pretende que Dios "no interviene en las cosas humanas." *Pensées*, t. I, p. 112.

(1) *De legibus*, lib. 2, cap. 8.

(2) Adver. Coloten.

(3) Carli, *Cartes americ.*, t. I, p. 115; Ramnusio, *Navegacion por el Nuevo Mundo;* Lahontan, *Viaje á la Amér. Sept.*, t. II, p. 123; Jos. Acosta, lib. 5, p. 475, &c. &c.

(4) *Relacion de la Guinea*, por Salmon; *Relacion de Desmarchais*, p. 66; *Viaje de Ysiny*, p. 17; Pilgrin, t. I, p. 180; Dapper, *Descripcion del África*, t. II.